

TABACO

Felipe Benítez Reyes

La implantación del consumo de tabaco en Europa no estuvo libre de controversia, quizá porque no hay asunto en el universo que no resulte controvertido de por sí.

Un diplomático alemán del siglo XVII describió los efectos del fumar como una “borrachera de nubes”, en tanto que el predicador jesuita Jakob Balde optó por una definición ingeniosa: “una ebriedad seca”.

A falta de argumentos, unos ensalzaban al buen tuntún su consumo, otros lo censuraban y algunos lo satirizaban. Como les sucede, en fin, a casi todas las cosas del mundo, empezando por Dios y terminando por una pipa. Y hablando por cierto de Dios: según dicen quienes saben, algunas órdenes sufíes, tendentes siempre a la experimentación teológica por medio de sustancias estimulantes, vieron en el consumo de tabaco un medio para acercarse a la divinidad, opinión que no compartían determinados ulemas, denunciadores de los males psicotrópicos que causaba tal producto, a pesar de que el sabio Al-Zadibi había llegado a la conclusión de que el tabaco resultaba beneficioso para la curación de la disnea, de las hemorroides y -lo que es más milagroso- de la tos crónica. La medicina europea de los siglos XVII y XVIII, por su parte, atribuyó al tabaco propiedades estupendas: actuar contra la hidropesía, paliar las dificultades respiratorias y anular los pensamientos lúbricos propios de los varones ociosos.

En nuestros días, el tabaco pasa por ser uno de los grandes venenos legales, por mucho que dijeran Al-Zadibi y los demás sabios del pasado, y es el único producto consumible que lleva advertencias aterradoras en el envase, lo que no parece intimidar al fumador, ser arrojado y valiente donde los haya, al menos hasta que el médico le diagnostica alguna cosa irremediable, porque entonces el arrojo y la valentía tienden a encoger.

El componente estelar del tabaco es la nicotina, sustancia que debe su nombre al diplomático Jean Nicot, que fue quien introdujo el tabaco en Francia, allá en el XVI.

Dudamos que, con arreglo a los vientos sociológicos que soplan con respecto al tabaquismo, a monsieur Nicot se le tributen homenajes en su país natal, a pesar de la conocida afición gala a ensalzar a sus lumbreras.

Hasta hace poco, el fumador vivió una especie de edad de oro: un tiempo mítico en que podía fumar en los hospitales, en los trenes, en los autobuses, en los organismos públicos, en la oficina... Hoy lo tiene difícil incluso en los bares, de modo que podemos afirmar que el fumador ha pasado de la edad de oro a la edad de las tinieblas, circunstancia inquietante que le hace fumar más, pues suele tener el tabaco fama de paliativo psicológico ante las adversidades y las inquietudes. Tanto es así, que en los siglos XVII y XVIII los médicos recomendaban el consumo de tabaco a los trabajadores del intelecto: “Todo aquel que estudia debe fumar mucho para evitar que los espíritus se dispersen o circulen con lentitud, con lo que impiden que el entendimiento capte las cosas especialmente difíciles”, según daba por hecho el médico holandés Beintema von Palma, que en nuestros días sería expedientado y puesto bajo la tutela de un psicólogo. Así que cuidado con la bibliografía tabaquera.